

LAS TRAMPAS DE LA LENGUA. MANUAL PARA SOBREVIVIR AL ESPAÑOL

(Conferencia de inauguración de la L edición de los Cursos Internacionales de Lengua y Cultura Españolas de la Universidad de Salamanca - 1 de julio de 2013)

El 3 de julio de 1977, es decir, hace casi exactamente 36 años, entré, muy nervioso en el aula para dar mi primera clase de español a estudiantes extranjeros. Repetí la experiencia ininterrumpidamente durante 20 años, hasta que en el otoño de 1997, entré, muy nervioso, en el aula para dar la última. Aunque la disculpa oficial fue otra, decidí dejarlo cuando un estudiante, muy inteligente, me dijo: “Usted es un profesor desperdiciado”. “¿Por qué”, le pregunté extrañado. “Porque debería dedicarse a cosas más serias”. Y yo, que sabía que aquella era una de las cosas más serias y más útiles que había hecho en mi vida, y que sabía que él también lo sabía, inferí que me estaba diciendo otra cosa: yo ya no daba clases, daba conferencias. Había perdido el componente esencial de este oficio: la imaginación. Desde entonces me he dedicado a escribir gramáticas.

Hoy sé más cosas sobre el español que sabía entonces. Muchas las he aprendido en los libros, pero en aquella experiencia de mis clases de español como lengua extranjera aprendí la más importante: a tomar conciencia de los problemas. Recuerdo una tarde en que mi amigo Pepe Gómez Asencio y yo estuvimos intentando encontrar, porque se lo había preguntado a él una estudiante italiana, cuándo había que decir en español *más...que* y cuándo había que decir *más...de*. Ahora, que ya contamos con grandes trabajos sobre el tema, como los de Salvador Gutiérrez, puede parecerles fácil, pero inténtenlo a pelo, sin mirar ningún libro: verán lo difícil que es. Otro día les expliqué a los estudiantes cómo funcionaban las condicionales con *si* y luego les añadí, porque lo había leído en las gramáticas, que si se cansaban de poner *si* podían poner otras muchas partículas que significaban lo mismo: *como*, *siempre que*, *en caso de que*, *con la condición de que*, y un largo etcétera. Hasta que una alumna lista, que se había aprendido la lección, me dijo en la fiesta de despedida del curso: “Como me pongas una buena nota bailo contigo”. Y entonces me pregunté perplejo por qué, si la chica era tan guapa y bailaba tan bien, aquello me sonaba tan raro. Uno de mis primeros artículos publicados y otro de los últimos tienen que ver con el tema.

Pero también aprendí otras cosas que yo pensaba que no tenían que ver con la lengua, porque entonces la cultura la formaban solo los escritores y los artistas. Por ejemplo, cuando les planteé a un grupo de estudiantes llevar a cabo una misión lingüística en el mercado de Salamanca –luego eso se ha llamado “enfoque por tareas”- y, al llegar al puesto de carne, alguien exclamó: “¡Los españoles comen cerebros!” “No, hombre, no. Cerebros es lo que piensa, no lo que se come. Eso son sesos”. Yo lo veía evidente, pero él no, para él aquello eran claramente cerebros. Como los que trasplantaba el doctor Frankenstein. Y, al contrario, ellos veían evidente, pero yo no, terminarse la Coca-Cola en clase, o seguir con la gorra puesta, y cosas más pintorescas como un estudiante que pretendía que en una bolera le descontaran dinero porque le habían dado unas zapatillas que le quedaban un poco grandes, o una joven futura mamá que tejía un jersey monísimo en clase, sentada en la primera fila, lo soltaba intermitentemente para tomar apuntes y luego proseguía afanosa; o un magnate del petróleo que iba a clase con una secretaria que no solo le tomaba los apuntes, sino que cuando yo lo requería para que hiciera un ejercicio la señalaba y decía: “Yo muy cansado..., ella, ella”. A mí, como a mis colegas, eso me parecía simplemente mala educación pero, dada mi invencible

timidez, nunca les dije nada. Y después me alegré, porque no es que se estuvieran saltando las reglas, es que para ellos las reglas eran distintas. De hecho la mamá del jersesito me dijo al terminar el curso que estaba muy contenta, que había aprendido mucho. Y me invitó al bautizo de su hija.

En resumen, en aquellos años aprendí, señoras y señores, querido estudiante que me escuchas, y con esto voy entrando en el tema, que el aprendizaje de las lenguas, y las lenguas mismas, están llenas de trampas. No solo el español, claro, pero el español, también. Y como tú has venido a aprenderlo, tengo la obligación de prevenirte contra ellas. Fíjate que mi charla no se llama “Manual para sobrevivir EN español”. Este título supondría que usamos el español como ayuda CONTRA otro enemigo; por el contrario, se llama “Manual para sobrevivir AL español”, es decir, el enemigo es él. Piensa, como aperitivo y botón de muestra, qué se puede esperar de una lengua en la que cuando alguien te dice “Dudo que tú hayas leído el Quijote” lo que realmente quiere decir es que prácticamente está seguro de que no lo has leído, y que cuando te dice “Seguramente no has leído el Quijote” lo pasa es que tiene dudas. ¿No tendría que ser al revés?

Bien, pues ya que hemos puesto estos ejemplos, empecemos por la gramática. Sería fácil para ti hacer una lista de “trampas”: el imperfecto, ser y estar, el subjuntivo, por y para. Ay, por y para. Una semana me pasé explicando una vez estas preposiciones con un método que creí revolucionario y cien por cien eficaz. Hasta que los estudiantes, el día de la despedida, fueron diciéndome sin excepción: “Gracias para todo”. Bueno, sí, la excepción fue uno que me dijo: “Gracias por todo; lo que me has enseñado me servirá mucho por mi trabajo”. ¿Y qué decir del subjuntivo?: no es lo malo cuando lo usas equivocadamente en frases como *Necesito que vienes conmigo* o *Te dejo la llave para que puedes entrar* porque tu oyente va a entender perfectamente lo que quieres decir; lo malo es cuando lo que tú dices tiene sentido, pero un sentido distinto al que quieres darle, porque el subjuntivo, ya ves, simplemente una *-e* por una *-a* o viceversa, es capaz de eso y de mucho más. Por ejemplo, cuando aquel otro magnate, que no era el de la secretaria, me dijo: “Voy a comprar una casa que tenga un color horrible”; y entonces yo me pregunté si la querría para ahuyentar las visitas, hasta que me aclaró: “Pero en seguida le voy a cambiar el color”. O sea, que no era masoquista ni tenía mal gusto: solo patinaba con el subjuntivo. Lo que quiso decir es “Voy a comprar una casa que TIENE un color horrible”.

Pero peor que el subjuntivo o que ser y estar o que el imperfecto son las reglas que a veces se dan para explicarlos y que son ellas mismas verdaderas trampas. Por ejemplo, esa de que ponemos en subjuntivo lo que dudamos. Y luego nos encontramos con que:

- *Me alegro de que estén aquí escuchándome* va en subjuntivo
- *Tú no habrás leído el Quijote posiblemente; Supongo que tú no has leído el Quijote; Si no has leído el Quijote, léelo* van en indicativo.

Y pasa lo mismo con SER y ESTAR, esa pareja de verbos que ha inspirado a tantos poetas, entre ellos al fraile salmantino Iulius Agnus (lo mismo que yo, pero en latín: ¡caramba, que coincidencia!). Dice así uno de sus sonetos:

Llegó hasta Salamanca una estudiante
reclutada en el Nuevo Continente;

se expresa en español perfectamente,
mas tiene algún deslíz poco elegante:

“¡Es loco!”, dice de un conferenciante,
y de Obama, que *está* su presidente,
y que nuestro decano *está* Vicente,
cuando así se le llama en todo instante.

Tomándonos café, le dije un día:
“-¿El curso de español cómo te va?
¿Qué tal el profesor que te lo da?”

“-Está muy bueno” oí que me decía;
“-*Es, es*”, corregí yo con cortesía.
“-Que no” –protestó ella- “*está, está*”

Aunque a las veces alguien se deslice,
cuando quiere, bien sabe lo que dice.

- Pues, bien, en relación con este pareja de verbos, quizá te hayan dicho que uses ESTAR para lo efímero que pasa: pero se dice que los dinosaurios “están extinguidos”, cuando no hay manera de recuperarlos, o, lo más irreversible por ahora: que alguien “está muerto”.
- O que se usa para lo que ha cambiado: pero después de un accidente se dice “está ileso” cuando afortunadamente no ha cambiado nada. O “uff, está entero”, tras dejar caer de las manos el jarrón de la abuela.
- Y no te han explicado, en cambio que si una persona siempre sonríe se puede decir que “es feliz” pero no que “es contento”, aunque las sensaciones y la duración sean exactamente las mismas. Ni tampoco se dice que “es loco”, como la protagonista del soneto, aunque lo hayamos conocido toda la vida haciendo locuras.

Y peor que las dificultades y las malas reglas son los espontáneos, es decir, esos amigos o amigas que, siempre dispuestos a ayudar, echan mano del gramático que llevan dentro y os dicen (y son anécdotas reales):

- ¿El subjuntivo? Deja de darle vueltas mujer. Si eso en español ya solo lo usan cuatro locos...
- ¿Qué por qué se puede decir “es casado”? Bueno, eso era en época de Franco, que no había divorcio. Ahora se puede decir “es casado” o “está casado”, según como veas la cosa.
- En español no se dice “es enfermo” porque la sanidad es muy buena y tenemos esperanza de que todos se curen.

Y luego está la gramática de los libros frente a la de la vida. Una estudiante se quejaba amargamente más o menos de esta manera (y pido perdón porque ciertas expresiones resuenan en este solemne recinto y en esta solemne ocasión, pero forman parte de la lengua):

“La regla del superlativo es muy fácil: de *bueno*, *buenísimo*, de *malo*, *malísimo*, de *lejos*, *lejísimos*; pero la gente no dice *buenísimo*, dice *de puta madre*; no dice *malísimo*, dice *de puta pena*; no dice *lejísimos*, dice *en el quinto coño*”.

Esto no es una anécdota personal, sino un viejo chiste español, pero ilustra bien lo que quiero decir. Como ilustra perfectamente lo que puede llegar a pasar con los cuantificadores y los ponderadores el calificativo *de puta madre* que acabo de usar, y donde *puta*, frente a lo esperado, forma parte de un elogio, mientras que con *bonito* en *¡bonito panorama!* sucede exactamente lo contrario. Y lo malo es que este fenómeno se repite con otras muchas expresiones. Recuerda el caso de aquella maestra que les decía a los niños:

-En esta vida es imposible tenerlo todo.

Y le contestaba uno de los niños:

-Pues mi papá sí lo tiene todo.

-¿Por qué dices eso? ¿Tú lo has visto?

-No, pero el otro día le dijo mi hermana que iba a casarse con ese novio que tiene y mi papá dijo: “¡Eso es lo único que me faltaba!”

Así que ten cuidado: si alguien te dice que “eso es lo único que le faltaba” o que “solo le faltaba eso” no debes entender que es inmensamente rico. Basta con verle la cara cuando lo dice. Es como pensar que cuando un sistema para abrir una lata se llama *abrefácil* vamos a poder abrirla perfectamente y sin riesgo.

La gramática es normal que tenga trampas: ¡es tan abstracta, dirás, tan complicada! Y el vocabulario lo mismo: ¡Es tan amplio, se presta a tantas sutilezas!...

Lo malo es que hay otras muchas cosas en las lenguas, aparentemente sencillitas, pero que también están cuajadas de trampas. Incluso más peligrosas, precisamente por esa sencillez aparente. Por ejemplo los saludos, eso que está en la primera unidad de cualquier manual. ¿Por qué? – dirás-. Basta con aprender a decir “buenos días” por la mañana, “buenas tardes” por la tarde y “buenas noches” por la noche. ¿Y cómo sabemos cuándo es la mañana, la tarde y la noche? Pues mirando el reloj. Veamos: las 10 de la mañana, las 11 de la mañana, las 12 de la mañana, la una de la tarde. Ya está: decimos “buenos días” hasta las 12 y luego hacemos lo mismo con “buenas tardes” y “buenas noches”. Pues no: para empezar, se sigue diciendo “las doce y media de las mañana”, es decir, se pone “mañana” con las doce mientras se mencione LA PALABRA *doce*; para seguir, en España los saludos no van con el reloj sino con las costumbres: es “buenos días” hasta la hora de comer, “buenas tardes” hasta que haya luz y “buenas noches” hasta que te acuestes. De hecho para nosotros los españoles *mediodía* no son las 12, es la hora de comer, allá por las dos y media o las tres de la tarde. ¿Puede ocurrirte que si tú no has comido y el otro sí, uno diga “buenos días” y otro “buenas tardes”? Naturalmente. ¿Puede darse el caso que si tú, que eres madrugador, te encuentras en el portal al ir a clase tempranito con alguien que vuelve a casa después de una noche de juerga tú digas “buenos días” y él “buenas noches”? Pues si aún es de noche, claro que puede ocurrir. De hecho yo mismo lo he presenciado. Ojo, he dicho que esto ocurre EN ESPAÑA, no EN ESPAÑOL. Es una cuestión que varía no con las comunidades lingüísticas (las que comparten la misma lengua), sino con las comunidades de habla, es decir, las que comparten la misma forma de USAR la lengua en un contexto. España

forma una comunidad lingüística con los países de Hispanoamérica, pero no una comunidad de habla. En México, Colombia o Cuba seguramente las cosas son distintas. Pero tú ahora vas a vivir en Salamanca (España) y en esta ciudad las cosas son así.

Espera, que aún no hemos terminado con los saludos, eso tan sencillo que se aprende en la primera unidad de los libros. ¿Qué haces con el cuerpo para saludar? Si eres chica probablemente tengas que aplicarte lo que Holly Hightower, una antigua alumna estadounidense de nuestra Universidad, refiere en su memoria de máster:

“Un chico español me contó que una de las primeras veces que había conocido a una chica americana en una fiesta la fue a saludar dándole dos besos. La chica, sorprendida, dio un paso atrás, tropezó con el sofá y acabó medio tumbada en el reposabrazos, con el chico, al que había arrastrado en su caída, a pocos centímetros de ella. Fue todo un poco embarazoso”.

Si eres chico probablemente esto no te suceda, al menos si es otro chico el que te saluda. Pero seguramente no dejará de sorprenderte el frecuente contacto físico que hay en España incluso entre los varones. Holly, de nuevo, lo cuenta así:

“Por una calle de Salamanca un viernes por la mañana iban andando juntos un guardia civil y otro amigo vestido de traje, con una gabardina y maletín. De pronto el guardia civil empezó a rodear el hombro del hombre trajeado con el brazo y a inclinar la cabeza hacia la del otro. Las personas que pasaban parecían no fijarse en ello. Yo sí me fijé. Como norteamericana que soy hay cosas de este estilo que todavía me llaman la atención. Creo que jamás he visto en Estados Unidos un hombre uniformado colgando de otro hombre bien vestido, caminando por la calle en pleno día”.

Muy unido a esto va la distancia física que mantendrán contigo al hablar y en general en los espacios públicos, y que seguramente te parecerá demasiado reducida. La descripción que sigue es de un estudiante, en este caso español:

“Cuando vas por los supermercados en España la gente te pisa, te da codazos o simplemente te roza y muy raramente te piden perdón. Pero si vas con un carrito por los pasillos de los supermercados americanos, que normalmente son enormes en comparación con los de aquí, cuando llegas a un metro de la persona empiezan a decir: “Oh, perdón. Lo siento”. Y mueven su carro”.

Por cierto, notarás que en Salamanca la gente no solo no suele pedir perdón en estos casos sino que tampoco lo hace en otros muchos en que tú lo harías; y lo mismo ocurre con el acto de dar las gracias. Por ejemplo, mucha gente no las da cuando le sirven un café o le ponen el plato en un restaurante o le responden a una pregunta en clase. También hay muchas cosas que tú pides por favor y los españoles no. No lo atribuyas a mala educación sino a unas normas de cortesía diferente que, de nuevo, varían de una comunidad de habla (no de una comunidad lingüística) a otra. Es un tema muy estudiado últimamente y se reduce, en pocas palabras, a lo siguiente: la cortesía consiste en una serie de rituales, con componentes lingüísticos y no lingüísticos, que ponemos en juego para mantener las buenas relaciones con los demás. Todos estos actos se centran en dos objetivos: 1. no invadir la esfera de intimidad, el espacio vital del otro; 2. abrir al otro nuestro propio espacio vital. Somos, pues, corteses cuando cumplimos el primer objetivo, es decir, cuando respetamos la autonomía del prójimo, por ejemplo, no imponiéndole nada que no quiera hacer. Es lo que se llama “cortesía negativa”; y

también somos corteses cuando cumplimos el segundo objetivo, es decir, cuando le ofrecemos al otro nuestra intimidad. Es lo que se llama “cortesía positiva”. Obsérvese que “positivo” y “negativo” no son aquí adjetivos valorativos, sino descriptivos. Pues bien, muchos países ponen el énfasis sobre todo en la cortesía negativa, es decir, en no imponerse sobre el otro y por eso guardan las distancias, piden por favor los esfuerzos por mínimos que sean y dan las gracias por ellos, hablan en voz baja. Otros países, en cambio, entre los que se encuentra España (pero quizá no muchos de los de Hispanoamérica), ponen el énfasis en la cortesía positiva, es decir, en ofrecerse al prójimo: y por eso usan mucho el tú, hacen cumplidos y piropos, mantienen frecuente contacto físico y se muestran efusivos y, por tanto, vociferantes. Y así pueden parecer maleducados a los otros, que, a su vez, son vistos como estirados y empalagosos por los españoles. Y, como suele ocurrir, unos hacen caricaturas de los otros, de modo que una vez me contaba un español que los obreros alemanes se pasan los ladrillos en una obra diciendo “Por favor” – Gracias”, “Por favor” – “Gracias”.

Espero haberles convencido de que incluso actos tan sencillos como saludar o dar las gracias están llenos de trampas. Pero por si no lo he hecho del todo, les añado otro dato. Acabo de dirigir un trabajo de fin de máster de una alumna, Alba, que les planteó a una serie de estudiantes universitarios españoles la siguiente situación:

Ha sido tu cumpleaños. Unos amigos que estaban de viaje se han acordado de ti y te traen un regalo. Cuando lo abres, ves que es una colección exclusiva de películas, muy cara, que querías hace mucho tiempo. Agradece el gesto.

Una respuesta típica fue, por ejemplo, la siguiente:

¡Ahhh! ¡No me lo puedo creer! ¡Muchísimas gracias, de verdad! ¡Pedazo regalazo! ¡Os habrá costado un pastizal! ¡Si es que sois lo mejor! ¿Y si nos hacemos unas palomitas y nos ponemos una de las pelis?

En una situación como esta, cuando hay que dar las gracias de verdad, no valen las propuestas de los manuales. Si uno dice solo *gracias* o incluso *muchas gracias* o *muchísimas gracias*, habrá quedado fatal. El acto necesita de otros componentes, sin los cuales quedaría incompleto. Entre ellos una exclamación de sorpresa (*Ahhh, no me lo puedo creer*), un elogio del regalo (*Pedazo regalazo*), la manifestación de que es un exceso (*Os habrá costado un pastizal*), un elogio de los amigos (*Si es que sois lo mejor*) y una especie de compensación (*Hacemos unas palomitas y vemos una de las pelis*). Pueden parecer unos componentes azarosos, pero lo cierto es que con mayor o menor frecuencia salen siempre. Pero, ojo, salen siempre entre los españoles, porque si se trata de otras culturas, la cosa puede cambiar, y de hecho cambia. La misma autora, Alba, presentó la misma situación a hablantes chinos y las respuestas no fueron las mismas. Ellos se centran en el elogio al regalo y en el elogio a la amistad y descuidan mucho otros componentes, incluso las expresiones mismas de agradecimiento, es decir, no utilizan la expresión *gracias* ni ninguno de sus “sinónimos”. El agradecimiento se da por supuesto cuando hay amistad. Por otra parte, mientras en los españoles la entonación exclamativa es muy marcada y abundan las interjecciones “vacías” (*hala, oh, ah, anda, jolín, ostras, uaaaa, buah, puff, guay*), en los chinos el tono es más contenido y más abundante en expresiones referenciales: “Me siento muy feliz” “Estoy muy alegre”, “Nadie me habló de esto”. Un español reconocería enseguida qué respuestas corresponden a los informantes nativos y cuáles no (en realidad, ya se ha hecho el experimento), pese a que en muchas de ellas el español utilizado es perfectamente correcto.

Te decía más arriba que muchas de las diferencias que vas a observar en Salamanca con respecto a tu cultura se deben a una distinta concepción de la cortesía, que acentúa el respeto al espacio vital de los demás en un caso o que abre el propio espacio personal en otro. Ello se manifiesta también en otro de los tópicos sobre los españoles: no respetan los turnos de palabra, hablan todos a la vez, no te hacen un espacio para que intervengas. Otro estudiante extranjero lo decía así:

“Con frecuencia simplemente siguen hablando. No hay un espacio en el cual puedo decir lo que pienso. Como la conversación va tan deprisa es difícil expresarse lo suficientemente rápido sin ser interrumpido”.

Esto también ha sido analizado en estudios serios, y se ha visto que sí, que a veces es voluntad de dominio, de hacer que se escuchen las propias opiniones por encima de las de los demás; pero en muchas otras ocasiones, se trata de una voluntad de cooperar, de terminar tus frases por ti para que veas que están siguiendo tu pensamiento y que sintonizan, en definitiva, de mantener viva y fluida la conversación. Se ha visto también que esto ocurre especialmente en el habla de las mujeres cuando conversan entre ellas y hoy nadie discute que las mujeres miman y valoran mucho más que los varones la conversación como una actividad valiosa por sí misma en la que es necesario colaborar. Así que, paradojas de la vida, otra trampa que conviene tener en cuenta: a veces te quitarán la palabra simplemente para ser corteses.

Fieles a la misma idea de que lo valioso es ofrecer el espacio propio y que no importa, por tanto, invadir el del otro, puede que si vives con una familia española te ocurra como a aquella otra estudiante que decía esto:

“La primera vez que comí en mi casa en España, mi señora me dijo: ‘Anna Maria, ven aquí’. Yo creí que estaba enojada. Aprendí después que ella decía ‘ven aquí’ muy a menudo y que ella no estaba enojada conmigo cuando lo decía. Era normal decir ‘ven aquí’ en España”.

No solo “ven aquí”, sino también “siéntate”, “ábreme”, “coge esto” y un montón de imperativos más. El imperativo, esa forma verbal, que en otras culturas solo se prodiga con los animales, y no siempre, aquí se usa continuamente, sin dulcificarlo con “un por favor” ni con un “¿puedes...?”, sobre todo cuando se trata de personas con las que tienes confianza, como los familiares más directos o los que viven en la casa. No caigas en la trampa (¿ven?, ya estoy usando yo el imperativo). Con las excepciones pertinentes (mandones los hay en todas partes), en general, y a falta de otros síntomas, no es enfado ni falta de respeto, sino solidaridad. Y lo mismo cuando te manifiesten sus opiniones de manera más o menos directa y sin rodeos, y algo parecido puede pasar con las preguntas. Menos en un tema: a los españoles nos cuesta enormemente hablar sobre el dinero que ganamos o sobre lo que nos van a pagar en un trabajo. A muchos de ustedes les parecerá mentira, pero yo he aceptado muchas tareas sin tener ni idea de lo que me iban a pagar por ellas e incluso sin saber si me iban a pagar algo. Y creo que no soy único a este respecto. Ahí sí consideramos que estamos invadiendo seriamente la esfera del prójimo y somos enormemente indirectos.

Ya has visto, pues, que las lenguas, y también el español, están llenas de trampas. Primero hay que aprender el vocabulario, luego aprender a combinarlo para formar frases que no sean incorrectas, o sea, hay que aprender la gramática. Pero es que, para colmo, el que una frase sea correcta no garantiza que se use de una manera adecuada al llevarla a la vida real. Se cuenta el caso de un trabajador al que denunciaron porque dijo

una blasfemia cuando un compañero le derramó por la espalda un cazo de aceite hirviendo. Él se defendió ante el juez alegando que se limitó a decir: “A ver si tienes más cuidado con el aceite”. El juez se negó a admitir eso y lo hizo por razones estrictamente lingüísticas: un hablante nativo de español jamás usaría esa frase en esa situación. Es la misma razón por la que si vas a una tienda de ropa y dices “Quiero tener un pantalón” van a notar inmediatamente que eres extranjero. Y sin embargo la frase es perfectamente correcta: expresa el contenido que debe expresar y cumple las reglas gramaticales: el verbo *querer* se construye con infinitivo cuando los sujetos de los dos verbos coinciden (son correferentes, dirían los lingüistas). Pero no se dice en una tienda de ropa. Ni tampoco se dice “¿A cómo están los pantalones? ¿A treinta euros? Pues póngame un par de ellos, que sean negros”, aunque hayas acabado de decir en una frutería, con toda propiedad, “¿A cómo están las manzanas? ¿A dos euros? Pues póngame un par de ellas que sean gordas”.

Bueno, pues por si no fuera suficiente con todo esto, el español te pone otra trampa más. No es uniforme, es decir, no se habla lo mismo en todas partes: varía sobre todo el vocabulario, pero también, aunque menos, la gramática (la mayoría de los países que hablan español, como sin duda sabes, no usan formas como *vosotros* o *vuestro*) y la pronunciación: si viajas a algunas zonas de Andalucía te va a costar entender a la gente al principio, sobre todo si hablan de corrido. Y también varían las normas culturales, esas que hemos visto que tienen que ver con los saludos y con la cortesía y, en general, con la forma en que se usa la lengua en la vida real. Esto es tan cierto que muchos hispanoamericanos que vienen a España se encuentran con las mismas sorpresas y con las mismas trampas que antes he descrito, y nos consideran demasiado directos y demasiado poco corteses.

Pero eso de la variación ocurre en todas las lenguas, me dirás. Todas las lenguas cambian de unos lugares a otros. Claro que sí, pero con la diferencia de que el español se habla en una veintena larga de países, con todo lo que ello comporta. Como dije antes, las diferencias afectan sobre todo al vocabulario, de modo que si viajas a otros países de lengua española debes prepararte para aprender nuevas palabras. Pero, cuidado, no es esto lo malo. Lo peor viene cuando las palabras son las mismas pero significan cosas distintas, como *carro*, por poner un ejemplo trivial, que aquí nada tiene que ver con el vehículo al que alude en América, o *vereda* para lo que aquí llamamos *acera* o *saco* por *chaqueta*, o *pasto* por *césped*, etc., etc. Y la cosa se agrava si la palabra es malsonante y tú no lo sabes. No se te ocurra enseñarle a un argentino la Casa de las Conchas, ese monumento tan salmantino y del que estamos tan orgullosos, y llamarlo tranquilamente por su nombre. Se van a partir de la risa. Ni hablarle de *bichos* a un portorriqueño. Ni de *coger* a la mitad de los hablantes de español en América. Yo mismo, lingüista profesional, caí en la trampa cuando nos visitaron hace años dos profesoras argentinas, muy simpáticas, y fuimos a almorzar con ellas a un restaurante. Yo me quité la chaqueta (la americana) y la coloqué en el respaldo de la silla. Luego alguien me sugirió que me cambiara de sitio y le dije: “Espera, que voy a coger la americana”. A lo que respondió riéndose una de las profesoras: “Hombre, habrá que averiguar antes qué opina la americana”.

Así que trampas en la gramática, trampas en el vocabulario, trampas en el uso diario, trampas al cambiar de lugar... Menos mal que nos queda la ortografía. Con esto tú no tienes problemas, porque el español tiene una ortografía bastante próxima al principio de una letra un sonido. De hecho el verbo *deletrear*, tan útil en inglés, apenas lo usamos en español. Si ves escrita una palabra sabes cómo se pronuncia, y si la oyes sueles saber

cómo se escribe, aunque esto es un poco más difícil. No obstante, y más como anécdota para que vayas relajándote después de tanta advertencia que como cuestión importante, te diré que también la ortografía tiene sus trampas, hasta el punto de que hay cosas QUE NO SE PUEDEN ESCRIBIR EN ESPAÑOL. Como lo oyes. Imagina que te pido que copies por escrito el siguiente diálogo:

-Es imposible ver a Miguel.

-Pues Luisa lo vio ayer.

-Porque le salió al encuentro cuando iba al trabajo.

-Pues sal.le al encuentro tú también.

¿Cómo escribimos *sal.le*? Intenta ahora escribir esta frase:

Ayer Antonio, el granjero, compró una baca para el coche y otra vaca para la granja. Las dos v/bacas le costaron baratas.

Aquí termina este pequeño avance de mi “Manual para sobrevivir al español”. No he querido alarmarte sino solo indicarte que debes prestar atención e intentar que este primer acto académico que inicia nuestro curso te fuera útil y no demasiado aburrido. Por lo demás, no te preocupes: tus profesores ya saben todo lo que yo te he contado, de modo que sabrán protegerte.

Quiero despedirte, a ti y a tus compañeros, con unos versos de Manolus Abbat, este sí, un gran poeta:

Salud te digo, amigo, abierta mano
te tiendo al comenzar esta jornada;
(“-¡Qué amable –me dirás-, gracias.” “De nada”.)
Y en tanto que, fugaz, se va el verano

-sic fugit vita sin remedio, hermano-,
te ofrezco una lección apresurada
de una nueva gramática avanzada
que enseñe a ser feliz en castellano.

Gastad todos los verbos transitivos,
usad las conjunciones a barullo,
de palabras de amor, haced acopio,

mezclad rayos de sol con adjetivos...
Y que la noche os deje en un arrullo,
prendido al corazón, un nombre propio.

Muchas gracias.